

del juego de las apariencias existe una estructura del mundo libre del absurdo, y que nuestra mente y el corazón coinciden con ella en plena armonía. Pero parece que todo se confabuló para abolir esta convicción como si ésta fuera un reflejo de la remota fe en lo maravilloso. Podríamos preguntarnos, entonces, ¿si no es esto una prueba de que el género humano logra su madurez debido a que eligió como su guía precisamente a la ciencia? Quizá sea así. Pero es posible también otra explicación. El tejido social absorbe las cristalizaciones de la ciencia con cierto retraso, por lo que los conceptos y las visiones de la ciencia del siglo XIX lograron penetrarlo hace poco; en cambio, la nueva imagen del mundo, esbozada tímidamente en la ciencia nueva, en la que lo maravilloso va a ocupar su justa posición, aún no tuvo tiempo para llegar a ser común.

Si esto es cierto, entonces el siglo XX es un purgatorio donde la imaginación se encuentra obligada a prescindir de los apoyos que hasta el momento sostenían a una de las más importantes necesidades de nuestro corazón —el deseo de la protección—. La existencia se revela, pues, regida por la lógica irrefutable y por el azar, desprovista tanto de la intervención divina, que hasta no hace mucho solía proteger a los soberanos piadosos y castigar a los soberanos injustos, como de las garantías suministradas por la idea del Progreso que fue de hecho, una Providencia laicizada. Los poetas, siempre inclinados, por la naturaleza misma de su arte, a pronunciar los juicios decisivos a favor o en contra, se encontraron de repente ante el mecanismo movido por las fuerzas ciegas, obligados a suspender sus afirmaciones o negaciones en el vacío. No es de extrañarse, entonces, que algunos de ellos busquen a los guías cuya forma de pensar estaría realmente a la altura de esta gran «reducción», pero que a la vez podrían ofrecer la nueva apertura y la nueva esperanza. Nuestro siglo dio algunos pensadores excelentes, creciendo su importancia en cada década, y si menciono ahora a uno de ellos, a Simone Weil, lo hago consciente de caer en la vanidad del autobiografismo, aunque sé que mi deuda con esta escritora es también compartida por otros.

«Dios le había cedido todos los fenómenos sin excepción al mecanismo del mundo.» «La necesidad es el velo de Dios.» Estas son las palabras de Simone Weil. El determinismo, según ella, pesaba sobre todos los fenómenos, incluyendo los psicológicos. Significaba el dominio de lo que ella solía llamar «La Pesanteur» —fuerza de gravedad—. Al mismo tiempo creía que si el hombre pide el pan, no le será ofrecida la piedra porque existe también otra dimensión de la gracia. La coexistencia de estas dos dimensiones está en el centro de su filosofía, sancionando tanto la contradicción donde ninguna solución es posible, como también la contradicción entre la necesidad y la intervención de Dios. Pero como lo que aquí me concierne es el destino de la poesía, quisiera recordar el texto de Simone Weil que se refiere directamente a la literatura. Es una carta dirigida a la redacción de la revista *Cahiers du Sud*, escrita como parece, en el verano de 1941, es decir, bajo la impresión causada por la caída de Francia y no publicada por *Cahiers du Sud* hasta 1951.

«Considero que los escritores de la época que acaba de concluir son responsables por la miseria de nuestro tiempo. Pienso aquí no sólo en la caída de Francia. La dimensión de nuestras desgracias es mucho más grande. Abarca a todo el mundo, es

decir, a Europa, América y otros continentes, en la medida en que se dejaron dominar por las influencias occidentales.»

«El rasgo principal de la primera mitad del siglo XX es el debilitamiento y casi desaparición del concepto del valor. Es uno de estos extraños fenómenos que son una auténtica novedad en la historia del género humano. Por supuesto, semejante fenómeno pudo existir en los períodos que después cayeron en total olvido, como le puede suceder también a la época nuestra. Este fenómeno se había manifestado en diferentes campos ajenos a la literatura, o más bien, en todos los campos. Se lo podía observar, por ejemplo, en la producción industrial donde el concepto de la cualidad quedó sustituido por el de la cantidad; en la pérdida del respeto por el trabajo especializado de los obreros; en el culto a los diplomas en lugar del aprecio a la cultura general —cosa muy común entre los estudiantes universitarios—. Incluso la ciencia misma perdió el criterio del valor desde el momento en que había desaparecido la formación clásica. Pero los escritores eran siempre por la naturaleza misma de su oficio, los guardianes del tesoro hoy día perdido; en la actualidad, algunos de ellos hablan de esta pérdida hasta con orgullo.»

Estoy consciente de que citar a Simone Weil es una tarea arriesgada. Su pensamiento ataca los criterios más comunes y los conceptos que le gusta emplear, como son «el bien» y «el mal», fácilmente pueden acarrear en quien la cite el apelativo de ser un reaccionario. Sobre todo, porque el dadaísmo y el superrealismo, dos corrientes bastante apreciadas por la crónica artística de nuestro siglo, Simone Weil los enumera entre los factores responsables por la desintegración de la moral en Francia, opinión que, por cierto, puede incomodar a muchos.

«El dadaísmo y el superrealismo son casos extremos. Se expresan por un frenesí de la absoluta anarquía, frenesí en el que suele caer la mente cuando, rechazando cualquier consideración del valor, se sumerge en lo que le es proporcionado inmediatamente. El “bien” es el polo que atrae de modo irremediable la mente del hombre, no sólo en su actividad concreta sino en cada esfuerzo, incluido también el afán de la inteligencia pura. Los superrealistas ofrecieron el modelo del pensamiento no orientado y a la total falta de valores, la habían considerado el valor absoluto. La anarquía siempre atrajo a los hombres, por eso durante siglos se saqueaba a las ciudades. Pero el saqueo de las ciudades no siempre encontraba su equivalente en la literatura. El superrealismo es este equivalente.»

Escucho ahora las voces de protesta, que insisten en que tuvo que ser la caída de Francia lo que sacó de la boca de Simone Weil acusaciones tan amargas. No obstante, tomemos en cuenta que esta derrota fue el caso clásico del debilitamiento de la voluntad de la resistencia frente al totalitarismo de la democracia, y que tanto los dadaístas como los superrealistas menospreciaban a esta última, como dignos sucesores de la bohemia. Quién sabe si el hecho de rechazar el «mundo verdadero», lo cual, según Nietzsche, pudo ser el principio del «modo divino de pensar», no acarrea, indirectamente, las graves consecuencias políticas, aunque éstas pueden manifestarse en distintas situaciones que no sean forzosamente las que tuvieron lugar en Francia durante la segunda guerra mundial.

Aparte de la importancia inmediata de la crítica del superrealismo, dictada, tal vez,

por la amargura de la derrota, tenemos que conscientizar el mensaje más vigente, sobre todo en la actualidad, palpable en la otra parte de la carta escrita por Simone Weil:

«Otros escritores de la misma época y de la precedente, no iban tan lejos. No obstante todos ellos, excepto tres o cuatro, han sido marcados por el mismo defecto, es decir, la deficiencia del instinto del valor. Los conceptos como «espontaneidad», «sinceridad», «generosidad», «riqueza» el «hacer riqueza», no admiten las oposiciones de valor, aparecían bajo sus plumas con más frecuencia que los términos que se refieren directamente al bien y al mal. Además, este último género de palabras quedó degradado, sobre todo, las que conciernen al bien, como lo había observado Valéry.»

Simone Weil era valiente. Si consideraba algo como verdadero, lo decía, sin pensar si por eso se expondría a la crítica de estar a favor de los conservadores o de los reaccionarios, porque ellos son la retaguardia que en nuestro siglo defiende la oposición de los valores. El poeta de hoy, comprometido con los distintos rituales de su profesión, está demasiado avergonzado para atreverse a semejante sinceridad. ¿De qué tiene vergüenza? Tal vez de su naturaleza infantil, que probablemente le haga desear que la tierra sea plana, limitada por la cúpula del firmamento, y que existan las parejas de los conceptos claramente opuestos: la verdad y la mentira, el bien y el mal, la belleza y la fealdad. Desgraciadamente, le impusieron en la escuela que ésta es una imagen ingenua que pertenece sólo al pasado. El poeta tiene entonces que defenderse, emprender los esfuerzos de variada naturaleza para organizar su propio espacio sin tener otra seguridad salvo la conciencia de ser como la holoturia del poema de Szyborska que sólo puede dividirse entre el cuerpo y el «susurro degollado».

Este juicio mío parece fatalista, lo cual me hace sentir culpable, porque hay en mí mucha esperanza y de alguna manera debería saber expresarla. Primero, en mi discurso anterior, había considerado la poesía como «una persecución apasionada de la realidad», y por supuesto sigo manteniendo esta opinión al igual que la convicción de que ninguna ciencia, ninguna filosofía son capaces de cambiar el hecho de que el poeta se encuentra frente a la realidad que es nueva cada día, compleja, inacabable, y que trata de encerrar en la palabra lo máximo de esta realidad. El hecho elemental que esto significa, verificable por los cinco sentidos, es más importante que cualquier elucubración puramente intelectual. En el deseo insaciable de *mimesis*, es decir, de la fidelidad al detalle, hay una fuente de salud de la poesía y de la esperanza que ésta siempre sobrevivirá las épocas que le son desfavorables. El hecho mismo de nombrar a las cosas significa una fe en su ser, entonces, en el mundo verdadero, cualquiera que fuese la opinión de Nietzsche al respecto. Desde luego, hay poetas que les hacen a las palabras comunicarse sólo con ellas mismas, sin buscar su prototipo en las cosas, pero su fracaso artístico es una prueba elocuente de que van en contra de alguna regla inalterable de la poesía.

Segundo, el movimiento que nos lleva es en igual medida destructivo como ant destructivo. En vano soñaríamos con la tierra de la que fueron expulsadas la ciencia y la técnica. Al contrario, sólo el progreso de la ciencia puede protegernos en contra de la contaminación del medio ambiente y del hambre que sufren millones de habitantes de la tierra. Algo parecido sucede con la visión científica vulgarizada que la escuela se empeña en inculcarnos. Esta analogía no es completa, ya que cuesta

mucho más trabajo imaginarnos los medios de defensa en contra de la formación mental comúnmente aceptada que los antidotos en contra de la intoxicación de los ríos y los lagos. No obstante, hay señales que permiten tener esperanza en el cambio radical que ocurriría en el centro mismo del hombre, es decir, que la civilización técnica empiece a ver la realidad como el laberinto de espejos, no menos mágico que aquel que vieron los alquimistas y los poetas. Esto significaría la victoria de William Blake y de sus «Divinas Artes de la Imaginación», al igual que el triunfo del niño en el poeta, ya durante demasiado tiempo amaestrado por los adultos.

Traducción del polaco al español:  
BARBARA STAWICKA-MUÑOZ

CZESLAW MILOSZ  
978 *Grizzly Peack Boulevard*  
BERKELEY, *California* 94708  
*Estados Unidos*